

NOTAS

Apraxia en Borges
(o para qué leer literatura en el siglo XXI)

Apraxia in Borges
(Or Why Reading Literature in the 21st Century)

RICARDO MONSALVE^a

^a Universidad Politécnica de San Petersburgo Pedro el Grande, Rusia.
Correo electrónico: ricardo.monsalve.c@gmail.com

Antes de que el cosmonauta soviético Yuri Gagarin se convirtiese en el primer ser humano en viajar al espacio en 1961, el francés Julio Verne había hecho vivir la experiencia a un grupo de científicos imaginarios, en su novela *De la tierra a la luna*, del año 1865. La famosa obra, la cual inauguraba una trilogía en torno a la para entonces impensable odisea espacial, ha sido citada con frecuencia como el ejemplo más claro del poder visionario de la literatura, cuyas fantasías han anticipado numerosas realidades revolucionarias, como las del descubrimiento de América, los trasplantes de órganos, los robots y la Internet¹.

Sin embargo, el valor práctico de esta capacidad visionaria de la literatura es más bien discutible. Tenemos suficiente razón, por ejemplo, para creer que la tragedia *Medea* de Séneca inspiró parcialmente a Colón a buscar nuevos mundos a fines del siglo XV, si hemos de creer, claro, el testimonio de Hernando Colón, hijo del genovés (Colón 2000: 65-66)². Por otra parte, el hecho de que la novela de George Orwell *1984* anticipase con notable precisión el funcionamiento de los teléfonos celulares y de los televisores inteligentes no basta para sostener que fue de hecho esta misma obra la que inspirase la aparición real de ambos aparatos. Peor aún: la profética visión de una sociedad totalitaria como la de *1984*, que vigilaba constantemente a sus ciudadanos a través de dichos aparatos, no ha tenido

¹ Pienso, respectivamente, en la Atlántida platónica (*Timeo* y *Critias*), el *Frankenstein* de Mary Shelley, los robots originarios de Karel Čapek (*Robots Universales Rossum*) —o hasta en las estatuas inteligentes de Homero (*Iliada*, canto 18)— y la red decimonónica de Mark Twain (“From the ‘London Times’ of 1904”).

² Como es fama, la profecía del romano dice así: “Tiempos vendrán al paso de los años en que suelte el océano las barreras del mundo y se abra la tierra en toda su extensión y Tetis nos descubra nuevos orbes y el confín de la tierra ya no sea Tule” (1998: 130).

nunca la fuerza suficiente como para detener la promulgación de leyes que alrededor del mundo han autorizado precisamente este tipo de vigilancia estatal³.

¿Para qué leer literatura entonces? Si el supuesto potencial profético de las fantasías literarias resulta, por decir lo menos, incierto, entonces, ¿para qué leerlas?

Percibiendo o no esta incertidumbre, la comunidad científica de nuestro siglo ha buscado respuestas más precisas a esta interrogante. Recientes estudios en los campos de la neurociencia y la psicología cognitiva sugieren que la lectura de obras literarias reportaría una serie de beneficios concretos para la salud de los lectores (Kidd y Castano 2013). Más allá del esperable desarrollo del vocabulario del lector, las investigaciones en cuestión apuntan a que estas lecturas, primero, conducirían a una interconectividad neuronal superior⁴; y, segundo, limitarían la pérdida de la memoria al envejecer, incluso combatiendo males como el Alzheimer (Castillo 2013)⁵. Para acceder a algunos de estos beneficios ni siquiera sería necesario leer uno mismo. Estudios en pediatría confirmarían que la actividad cerebral aumenta en los niños a quienes se les lee en voz alta (Doyle 2015), hábito que sentaría las bases para un desarrollo cognitivo constatable ulteriormente en éxito académico e integración social (Luby et al. 2013: 1136), esto último, también materializado en el rompimiento del ciclo de la pobreza (Wijeakumar et al. 2019: 2). La lectura específica de obras de *buena* literatura (Arthur Conan Doyle y José Saramago, en el estudio) mejoraría habilidades sociales, como la empatía y la capacidad para identificar correctamente el estado mental de nuestros pares (Bal y Veltkamp 2013: 8). Leer literatura por tan solo 6 minutos disminuiría los niveles de estrés en un 68%, lográndolo de forma más eficiente que al escuchar música, dar una caminata o tomar una taza de té (Chiles 2009). Hay evidencia, además, para creer que la lectura de libros, por sobre la de revistas y diarios, aumentaría la longevidad de las personas en 2 años, independiente de su condición social, educacional o de género (Bavishi et al. 2016).

Hasta aquí, parecería haber al menos dos buenas razones para empezar a leer o seguir leyendo literatura en el siglo XXI, a saber, su capacidad para imaginar con precisión el futuro y sus potenciales beneficios para la salud. Pero ni yo soy un científico ni esta nota tiene un carácter profético. Mi argumento es puramente literario y depende de dos elementos: el concepto de *apraxia* y de algunos pasajes en la obra de Jorge Luis Borges.

La *apraxia* es un desorden neurológico causado por una lesión en la corteza cerebral, generalmente y de forma más severa, cuando esta se encuentra en el hemisferio izquierdo (Larner 2011: 38-39). El desorden se manifiesta en la incapacidad para realizar movimientos voluntarios, como caminar o demostrar el uso de una herramienta (v.g. martillar un clavo).

³ Véase, en los Estados Unidos, la Ley Patriota (2001) o las comprometedoras denuncias de Edward Snowden (2013).

⁴ Jacqueline Howard (2013) ha sintetizado los hallazgos publicados en *Brain Connectivity*. En su artículo, Howard discute las alentadoras pero inciertas implicancias del estudio con uno de sus autores, el Dr. Gregory Berns.

⁵ Así lo explicaron a la prensa los doctores Simon Ridley y Robert Wilson, este último, autor del estudio original (Wilson et al. 2013).

El afectado no presenta una falla del sistema motor ni de conciencia; esto es, que es incapaz de realizar una determinada acción pese a entenderla, desear ejecutarla y no tener un impedimento físico en los miembros involucrados en la acción. En síntesis, la apraxia afecta una de las capacidades más humanas: la simple capacidad para coordinar la intelección, con la voluntad y la acción.

Mi uso del término, no obstante, se aparta del uso médico para explotar su raíz etimológica. *Apraxia* viene de la voz griega ἀπραξία (apraxía), ἀ “sin” y πράξις “acción”. De ahí que la mejor traducción no sea *falta de praxis*, sino *falta de acción* o *inacción*. La idea, hasta donde llega mi conocimiento, no ha sido asociada a la obra de Borges hasta ahora. Es una idea que fácilmente podría prestarse para un lato examen literario. El espacio que me concede esta nota, sin embargo, alcanza solo para esbozarla, sugiriendo que ella, la apraxia, caracteriza si no la moral de la literatura de Borges, cuando menos *una* moral identificable en ella.

Una característica esencial de la obra de Borges es la presentación de un universo (solo en apariencia) desordenado. Así se desprende, por ejemplo, de su famosa fantasía titulada “La Biblioteca de Babel”, donde el universo es imaginado como una biblioteca que contiene todos los libros posibles. El símil fuerza, primero, la idea del orden, toda vez que supone que el universo está compuesto por una serie virtualmente infinita de elementos *legibles*, signos esperando ser comprendidos. Hasta aquí no hay nada anómalo, pues *cosmos* (κόσμος) ha sido desde sus orígenes la voz no solo para el universo, sino también para el orden, la disposición organizada de los ejércitos y, tras una que otra contorsión lingüística, la belleza *cosmética*. Pero, luego, aparece el caos, la maldición y desorden de la confusión babélica. Hacia el final del cuento, el bibliotecario y protagonista describe su biblioteca como “ilimitada y periódica. Si un eterno viajero la atravesara en cualquier dirección, comprobaría al cabo de los siglos que los mismos volúmenes se repiten en el mismo desorden (que, repetido, sería un orden: el Orden)” (1974: 471).

Nada en este universo, en consecuencia, sería imperfecto. Aquello que suponemos en continuo *desorden* constataría solo nuestra incapacidad para percibir la verdadera configuración de los fenómenos y el devenir; constataría, en otras palabras, nuestro analfabetismo cósmico, nuestra incapacidad para leer el universo.

Mas este orden —o como escribe Borges en el mismo cuento, este “divino desorden” (1974: 469)— nos muestra a veces indicios de su auténtica naturaleza mediante pequeñas, aunque evidentes simetrías. El autobiográfico “Poema de los dones” (2011a: 198-99) nos habla de una de ellas. Como sabemos, Borges recibió el nombramiento de director de la Biblioteca Nacional hacia finales de 1955, es decir, cuando, ya virtualmente ciego, “apenas podía descifrar las carátulas y los lomos” de los libros (2011b: 303).

5. De esta ciudad de libros hizo dueños
a unos ojos sin luz, que sólo pueden
leer en las bibliotecas de los sueños
los insensatos párrafos que ceden

10. las albas a su afán. En vano el día
les prodiga sus libros infinitos,
arduos como los arduos manuscritos
que perecieron en Alejandría.

Esta amarga contradicción, que niega al autor y hablante el encuentro con la lectura, había sido prefigurada por el intelectual franco-argentino Paul Groussac, quien, como el bonaerense, encarnó igual contradicción entre 1925 y 1929, en la misma biblioteca⁶. Ambos, escribe Borges, forman *un yo plural* que, desde diferentes tiempos, comparten un mismo espacio paradisíaco (la biblioteca) y una misma e *indivisible* condena (la ceguera). Tan alta coincidencia no puede ser accidental:

25. Algo, que ciertamente no se nombra
con la palabra *azar*, rige estas cosas;
otro ya recibió en otras borrosas
tardes los muchos libros y la sombra.

Pero ese *algo* inicial, clave del orden cósmico (así como del tono del poema), jamás abandona los vagos límites de la mera intuición. Para él, descriptores taxativos como *Dios*, las *Moiras* o el *sino* son posibles, pero superfluos. En realidad, ese *algo* nunca termina de adquirir forma, *rigiendo* el cosmos liminalmente: a la luz, frente a los ojos de todos, pero en las sombras, velado al intelecto.

La proposición de este universo —de esta Biblioteca de Babel “perfectamente inmóvil” (1974: 471)—, ordenado e indescifrable, va de la mano en Borges con la resignación del hablante frente a su destino:

1. Nadie rebaje a lágrima o reproche
esta declaración de la maestría
de Dios, que con magnífica ironía
me dio a la vez los libros y la noche.

Aquí no hay desilusión, mucho menos rebelión frente al cosmos que, en apariencia, le ha sido cruel al hablante. La actitud correcta a la que nos convoca la estrofa inicial del poema es la de la admiración frente a este orden *magistral*, no la de la resistencia traducida en *lágrimas* o *reproches*, formas ambas que *rebajan* la maravilla de la simetría.

En una de sus más conocidas narrativas, “El Aleph”, Borges, el personaje, tiene la posibilidad de contemplar la totalidad del universo en un rincón minúsculo de la casa de un amigo. El Aleph, una esfera brillante de unos dos o tres centímetros ubicada debajo de

⁶ Groussac, director de la Biblioteca Nacional entre 1885 y 1929, vivió ciego los últimos cuatro años de su vida, tras una fallida operación oftalmológica en París, Francia (Bruno 2004: 59-60).

uno de los peldaños de una escalera, contiene todo lo existente, desde el mar hasta la ciudad de Londres, pasando por la nieve, un naípe español, los sobrevivientes de una batalla, un cáncer y todos los granos posibles de arena. Las últimas líneas de la descripción de lo que vio en el Aleph dicen así:

[V]i la circulación de mi oscura sangre, el engranaje del amor y la modificación de la muerte, vi el Aleph, desde todos los puntos, vi en el Aleph la tierra, y en la tierra otra vez el Aleph y en el Aleph la tierra, vi mi cara y mis vísceras, vi tu cara, y sentí vértigo y lloré, porque mis ojos habían visto ese objeto secreto y conjetural, cuyo nombre usurpan los hombres, pero que ningún hombre ha mirado: el inconcebible universo. (1974: 626)

Cuando Borges termina de recordar su contemplación del universo dentro del Aleph, confiesa: “Sentí infinita veneración, infinita lástima” (Ibíd.). Su reacción, como en la balanza de la diosa griega de la justicia, Dike (Δίκη), propone el equilibrio: el universo, aquel *espacio cósmico* en el que todo comparece, sin jerarquías, es el lugar de la perfecta justicia, quizá de la *única* justicia. (Al dejar la casa de Carlos Argentino, Borges teme, de hecho, que, tras la experiencia, ya nada vuelva a sorprenderle). La suma total de la realidad conduce a este balance; quien tuviera la oportunidad de contemplar el universo, como Borges, así podría corroborarlo.

Aunque al comienzo no sea claro, todo lo que sucede acaba mostrándonos este equilibrio. De aquí las múltiples simetrías en la obra de Borges; de aquí, por lo mismo, la idea del doble o del Otro (como en el “Poema de los dones”); de aquí, también, la de los espejos, la de los enemigos y la de los duelos entre cuchilleros; de aquí la idea, tan frecuente en Borges, del laberinto, tal vez la imagen que de manera más perfecta sintetiza su estética de un orden irrefutable, pero indesciftable.

El laberinto, como la biblioteca, remeda la misteriosa forma del universo. En su versión clásica, el laberinto de Creta encierra al Minotauro, el monstruo de dos naturalezas, mitad hombre, mitad toro. Como el universo, el laberinto es para el Minotauro todo lo que existe; es a la vez un hogar y una prisión. Inexorablemente, la muerte se acerca por los pasillos, pues Teseo, su enemigo (y su doble), lo busca para asesinarlo.

En el poema “El laberinto” (2011a: 391), Borges asume la voz del monstruo, que presiente la llegada de su ajusticiador. En los últimos versos escribe:

Sé que en la sombra hay Otro, cuya suerte
es fatigar las largas soledades
15. que tejen y destejen este Hades
y ansiar mi sangre y devorar mi muerte.
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
este el último día de la espera.

Como en el “Poema de los dones”, Borges se vale aquí de un juego de dobles para sugerir que la idea de abrazar el destino, por más cruel que este parezca, no solo es correcta sino incluso deseable. Perder la visión justo cuando se tiene al alcance de la mano todos los libros que se han querido leer o ser asesinado por nuestros horrendos crímenes, encuentran en la perspectiva de Borges la misma respuesta: aceptación. Solo en ella hay sabiduría. Lo contrario, resistir el *fatal* enlace y desenlace de la existencia, es inútil.

Otra exposición del argumento la encontramos en “El Golem” (2011a: 279-81). Según nos cuenta el propio autor, su íntimo colega y amigo, Adolfo Bioy Casares, consideraba “El Golem” el mejor poema de Borges (1967). Se trata de un poema narrativo que reescribe la leyenda askenazi del monstruoso Adán creado mediante la invocación de nombres mágicos, y cuya evidente imperfección se estrella contra la de la perfecta creación divina del primer hombre. La versión de Borges recuenta la leyenda, según fue heredada por la figura histórica de Judá León ben Bezalel (ca. 1525-1609), rabino de Praga. A propósito de la búsqueda del tetragrámaton, el poema constituye una meditación sobre la creación y el poder de las palabras; quizá, sobre todo, de *las letras*.

Poco a poco, el Golem se encuentra *aprisionado* en el babélico mundo del lenguaje, del tiempo y del espacio:

Gradualmente se vio (como nosotros)
aprisionado en esta red sonora
35. de Antes, Después, Ayer, Mientras, Ahora,
Derecha, Izquierda, Yo, Tú, Aquellos, Otros.

Como en sus fallidos avatares medievales, la versión borgeana del simulacro adánico tampoco aprende a hablar, y el rabino decide ocuparlo en tareas domésticas, patéticas para tan formidable invención. La creación del Golem, emprendida con la cándida esperanza de empezar de cero mediante la creación de un nuevo hombre de arcilla, sería al fin en vano; un inútil afanarse por reinventar la especie humana y posibilitar a través de un nuevo Adán la enmienda de los errores y la salvación. Contemplando al imperfecto hombre que ha creado, Judá León comprende que su esfuerzo ha sido una locura y que mejor habría sido no haber traído al mundo a su monstruo, uno más en la infinita secuencia de lo existente.

A diferencia del rabino de la leyenda, el de Borges tiene así un parentesco más cercano con la figura divina del mito de la creación adánica que con el perezoso rabino de la tradición folklórica europea (Trachtenberg 2004: 84-86). Después de todo, el propósito de su rabino ha sido enseñarle al Golem los misterios de la existencia, “los arcanos / de las Letras, del Tiempo y del Espacio” (vv. 27-28). Dicho de otro modo, el rabino de Borges no ha deseado al Golem como a un simple asistente de sus tareas religiosas, sino como a un hijo.

Frente a este fracaso grotesco, se nos presenta la meditación clave:

El rabí lo miraba con ternura
y con algún horror. ¿Cómo (se dijo)
pude engendrar este penoso hijo
y la inacción dejé, que es la cordura?

65. ¿Por qué di en agregar a la infinita
serie un símbolo más? ¿Por qué a la vana
madeja que en lo eterno se devana,
di otra causa, otro efecto y otra cuita?

70. En la hora de angustia y de luz vaga,
en su Golem los ojos detenía.
¿Quién nos dirá las cosas que sentía
Dios, al mirar a su rabino en Praga?

La pregunta final, que interroga por lo que Dios sentía al mirar a su rabino, puede contestarse de varios modos. Quedémonos con el más sencillo: asumir que Dios mira su creación y siente que, como el rabino de Praga, también él ha fracasado. La lección que adelanta Borges es de nuevo la de la resignación; lo adecuado, concluye, —lo *cuerdo*— es aceptar el ordenado y fatal modo en que existimos en el mundo y *no actuar*.

Se dirá que la propuesta es, antes que nada, inmoral. (En este sentido, la *apraxia* de Borges, sería, como su pariente neurológica, una patología). Pero la posible moralidad de la postura es materia de otra interpretación y otra nota, no de esta. Para efectos de la que escribo, importa señalar que el llamado de Borges parecería estar más allá de las posibilidades humanas, pues vivir consiste precisamente en lo contrario: en actuar; en dejar de lado la inmovilidad y alterar el mundo conforme a nuestros deseos. El llamado del autor a abandonar la acción, atendida su futilidad, contradice asimismo otro impulso vital del ser humano: el de la paternidad. La pulsión por engendrar un nuevo ser conlleva la que es, por ahora, la mejor estrategia para combatir el paso del tiempo y tal vez la única para burlar la muerte. Su invitación a la *apraxia*, esto es, a admitir que la *inacción* —como escribe en su poema— es la única actitud *cuerda* una vez que se ha entendido cómo funciona el mundo, es simplemente pedir demasiado.

Pero existe un sitio donde la *apraxia* es posible y no una demasia.

Según lo escribe Borges en uno de sus *Nueve ensayos dantescos*, esta posibilidad, la de evitar elegir y obrar, está reservada a la literatura. En el ensayo “El falso problema de Ugolino”, el escritor intenta dirimir una cuestión hermenéutica que atañe a uno de los más famosos episodios de la *Divina Comedia*: la muerte del conde Ugolino della Gherardesca. En el noveno círculo del averno, círculo reservado a los traidores, Dante y Virgilio encuentran al conde Ugolino, quien muerde el cráneo del arzobispo Ruggieri degli Ubaldini. Este había traicionado en vida a Ugolino, condenándolo a morir de hambre junto a sus hijos y nietos en una torre de Pisa, la cual posteriormente llevaría el sobrenombre de Torre del

Hambre. Por su crimen, el poeta condena al religioso a ser comido a su vez por el conde Ugolino, como justo pago eterno. Cuando Dante y su maestro se acercan a preguntarle por su historia, el conde la cuenta a los peregrinos, diciendo que una vez que los niños hubieron muerto de hambre y él hubo perdido la vista, comenzó a arrastrarse sobre los cuerpos de sus descendientes y a tantearlos a ciegas. “[D]espués”, dice al concluir su historia, “más que el dolor pudo el ayuno” (*Inf.* XXXIII, 75)⁷. Con los siglos, vinieron los glosadores a explicar la incierta frase final. Estos ofrecieron dos posibles interpretaciones: o bien el conde Ugolino había muerto sencillamente de hambre —*Después, más que el dolor pudo el hambre*—, o bien el conde había decidido comer de los cadáveres de los niños cuando el hambre se había hecho irresistible.

En su ensayo, Borges ofrece la siguiente solución al dilema exegético:

El problema histórico de si Ugolino della Gherardesca ejerció en los primeros días de febrero de 1289 el canibalismo es, evidentemente, insoluble. El problema estético o literario es de muy otra índole. Cabe enunciarlo así: ¿Quiso Dante que pensáramos que Ugolino (el Ugolino de su *Inferno*, no el de la historia) comió la carne de sus hijos? Yo arriesgaría la respuesta: Dante no ha querido que lo pensemos, pero sí que lo sospechemos. (2011b: 384)

Luego agrega la distinción que considero esencial:

En el tiempo real, en la historia, cada vez que un hombre se enfrenta con diversas alternativas opta por una y elimina y pierde las otras; no así en el ambiguo tiempo del arte, que se parece al de la esperanza y al del olvido. Hamlet, en ese tiempo, es cuerdo y es loco. En la tiniebla de su Torre del Hambre, Ugolino devora y no devora los amados cadáveres, y esa ondulante imprecisión, esa incertidumbre, es la extraña materia de que está hecho. Así, con dos posibles agonías, lo soñó Dante y así lo soñarán las generaciones. (2011b: 385)

Como en un laberinto, cada giro, cada acción de quien dentro de él busca la salida, supone una decisión. Elegir en la vida implica de hecho actuar, y este actuar elimina todas las demás acciones posibles. La literatura, en cambio, nos permite abstenernos de la acción. Nos permite suspender el mundo por un momento para contemplar otro que no existe, salvo en nuestra imaginación. La literatura, en consecuencia, no solo es el sitio donde la inacción es posible, sino además donde la inacción constituye el estado natural en el que existimos como lectores. La apraxia, que para el cuerpo puede considerarse una discapacidad, es para el intelecto un regalo que nos permite visitar los mundos que otros han soñado; pues en eso consiste, en esencia, la experiencia de leer literatura, en un *soñar despierto*, libres de toda

⁷ [*P]oscia, piú che 'l dolor, poté 'l digiuno*. Ángel Crespo, traductor de la *Commedia*, traslada *digiuno* de un modo literal por *ayuno*. Borges, en cambio, piensa en *hambre* (*OC* 3: 383), otra lectura legítima.

restricción física y moral a la que nos sujeta el mundo. Cuando nos encontramos frente a los anaqueles de una librería o una biblioteca y nos preparamos para tomar un libro, tenemos en ese simple gesto la posibilidad de realizar uno de los anhelos más placenteros que hemos imaginado, el de elegir lo que soñamos.

Para contestar a la pregunta *por qué leer literatura en el siglo 21*, acabo con una breve reflexión sobre la libertad de expresión, siempre bajo amenaza. En un mundo en el que hay cosas que no se pueden decir, no es difícil imaginar que un día haya cosas que no se podrán pensar. La literatura continuará siendo no solo el espacio para explorar lo no pensado, sino tal vez, sobre todo, aquello que no se *deba* pensar —lo no pensable. O al menos continuará siéndolo mientras se continúe escribiendo y nosotros sigamos leyéndola.

OBRAS CITADAS

- Alighieri, Dante. 2011. *Comedia. Infierno*. Barcelona: Seix Barral.
- Bal, P. Matthijs y Veltkamp, Martijn. 2013. "How Does Fiction Reading Influence Empathy? An Experimental Investigation on the Role of Emotional Transportation". *PLoS ONE*. 8.1: 1-12. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0055341>
- Bavishi, Avni et al. 2016. "A Chapter a Day: Association of Book Reading with Longevity". *Social Science & Medicine* 164, Sep. 44-48. <https://doi.org/10.1016/j.socscimed.2016.07.014>
- Berns, Gregory S. et al. 2013. "Short-and Long-Term Effects of a Novel on Connectivity in the Brain". *Brain Connectivity* 3.6: 590-600. <https://doi.org/10.1212/WNL.0b013e31829c5e8a>
- Borges, Jorge Luis. 1974. *Obras completas*. Vol. I. Buenos Aires: Emecé.
- _____. 2011a. *Obras completas*. Vol. II. Buenos Aires: Sudamericana.
- _____. 2011b. *Obras completas*. Vol. III. Buenos Aires: Sudamericana.
- _____. 1967. *Borges por él mismo. Un libro sonoro*. AMB.
- Bruno, Paula. 2004. *Paul Groussac: una estrategia intelectual*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Castillo, Michelle. 2013. "Reading, Writing May Help Preserve Memory in Older Age". *CBS News*. Jul. 4. <https://www.cbsnews.com/news/reading-writing-may-help-preserve-memory-in-older-age/>
- Chiles, Andy. 2009. "Reading Can Help Reduce Stress, According to University of Sussex Research". *The Argus*. Mar. 30. <https://www.theargus.co.uk/news/4245076.reading-can-help-reduce-stress-according-to-university-of-sussex-research/>
- Colón, Hernando. 2000. *Historia del Almirante*. Madrid: Dastin.
- Doyle, Kathryn. 2015. "Reading to Young Kids May Change Brain Activation". *Reuters*. Abr. 27. <https://www.reuters.com/article/us-kids-brains-reading-idUSKBN0NI23R20150427>
- Howard, Jacqueline. 2013. "Reading Changes Brain's Connectivity, Study Suggests". *The Huffington Post*. Dic. 30. https://www.huffpost.com/entry/reading-change-brain-connectivity_n_4504566

- Kidd, David y Castano, Emanuele. 2013. "Reading Literary Fiction Improves Theory of Mind." *Science* 342.6156: 377-80. [https://doi: 10.1126/science.1239918](https://doi.org/10.1126/science.1239918)
- Larner, A. J. 2011. *A Dictionary of Neurological Signs*. New York: Springer.
- Luby, Joan et al. 2013. "The Effects of Poverty on Childhood Brain Development. The Mediating Effect of Caregiving and Stressful Life Events". *JAMA Pediatrics* 167.12: 1135-42. [https://doi:10.1001/jamapediatrics.2013.3139](https://doi.org/10.1001/jamapediatrics.2013.3139)
- Pinker, Steven. 2011. *The Better Angels of Our Nature: Why Violence Has Declined*. New York: Viking.
- Séneca. 1998. *Medea*. En *Tragedias*. Tomo I. Ciudad de México: UNAM.
- Trachtenberg, Joshua. 2004. *Jewish Magic and Superstition: A Study in Folk Religion*. Philadelphia: University of Pennsylvania Press.
- Wijekumar, Sobanawartiny et al. 2019. "Early Adversity in Rural India Impacts the Brain Networks Underlying Visual Working Memory". *Developmental Science*. 22.5: 1-15. <https://doi.org/10.1111/desc.12822>
- Wilson, Robert S. et al. 2013. "Life-Span Cognitive Activity, Neuropathologic Burden, and Cognitive Aging". *Neurology* 81: 314-21. <https://doi.org/10.1212/WNL.0b013e31829c5e8a>